



## **A Dafne, en sus días**

**Manuel José Quintana**

A aquella airosa andaluza  
Que en las riberas de Cádiz  
Es, por lo negra y lo hermosa,  
La esposa de los cantares;

A la que en el mar nacida  
La embebió el mar de sus sales,  
Cada ademan una gracia,  
Cada palabra un donaire;

Ve volando, pensamiento,  
Y al besar los pies de Dafne,  
Dila que vas en mi nombre  
A tributarle homenajes.

Hoy son sus alegres días;  
Mira cuál todo la aplaude;  
Menos fuego el sol despide,  
Más fresco respira el aire.

Los jazmines en guirnaldas  
Sobre su frente se esparcen;  
Los claveles en su pecho  
Dan esencias más suaves.

Y ya que yo, sumergido

En el horror de esta cárcel,  
Ni aun en pensamiento puedo  
Alzar la vista a su imagen,

Rompe tú aquestas prisiones,  
Y vuela allá a recrearte  
En el raudal halagüeño  
De su sabroso lenguaje.

Verás andar los amores  
Como traviosos enjambres,  
Ya trepando por sus brazos,  
Ya escondiéndose en su talle,

Ya subiendo a su garganta  
Para de allí despeñarse  
A los orbes deliciosos  
De su seno palpitante.

Mas cuando tanto atractivo  
A tu placer contemplares,  
Guárdate bien, no te ciegues  
Y sin remedio te abrases.

Acuérdate que en el mundo  
Los bienes van con los males,  
Las rosas tienen espinas  
Y las auroras celajes.

Vistiola, al nacer, el cielo  
De aquella gracia inefable  
Que embelesa los sentidos  
Y avasalla libertades

Los ojos que destinados  
Al Dios de amor fueron antes,  
Para que en vez de saetas  
Los corazones flechase,

A esa homicida se dieron  
Negros, bello, centellantes,  
A convertir en cenizas  
Cuanto con ellos alcance.

Y cuentan que amor entonces  
Dijo picado a su madre:  
Pues esos ojos me ciegan,  
Yo quiero ciego quedarme.

Venza ella al sol con sus rayos;

Pero también se adelante  
En su mudanza a los vientos,  
En su inconstancia a los mares.

Y fue así. Las ondas leves  
Que van de margen en margen,  
Los céfiros que volando  
De flor en flor se distraen,

No más inciertos se miran  
En sus dulces juegos, Dafne,  
Que tú engañosa envenenas  
Con tus halagos fugaces.

Dime, ¿aún se pinta el agrado  
En tu risueño semblante,  
Y respiran tus miradas  
Aquella piedad suave

Para con ceño y capricho  
Desvanecerla al instante,  
Trocar la risa en desvío  
Y el agasajo en desaires?

Y dime, a los que asesinas  
Con tan alevosas artes,  
¿Los obligas aún, cruel,  
A consumirse y que callen?

Mas no importa: que padezcan  
Los que en tu lumbre se abrasen;  
Que tú, con sólo mirarlos,  
Harto felices los haces.

Yo también, a no decirme  
La razón que ya era tarde,  
Y a presumir en mis votos  
El bello don de agradarte,

Te idolatrara, tú fueras  
La mayor de mis deidades;  
¿Pero quién es el que amando  
No anhela porque le amen?

De amigo, pues, con el nombre  
Fue forzoso contentarme;  
Pero de aquellos amigos  
Que en celo y fe son amantes...

Basta, pensamiento; vuelve,

Vuelve ya de tu mensaje,  
Y una sonrisa a lo menos  
Para consolarme trae.

16 de Julio de 1815.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

